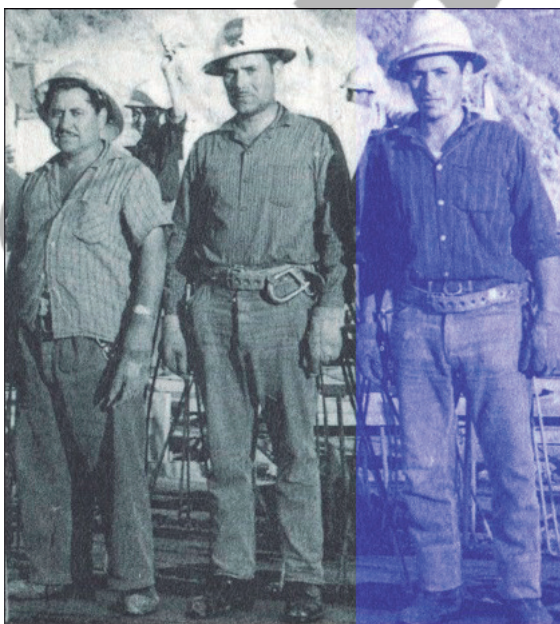


Tenía todo lo que necesitaba

El tiempo más feliz de mi infancia llegó a su fin cuando murió mi abuela. Esto fue en el año 1955, yo recién había cumplido nueve años. Mis padres se habían separado cuando yo tenía dos o tres años, desde entonces había vivido con mi abuela, la madre de mi padre.



1967, con colegas de trabajo en la represa de Central Rapel.

Nací el día 21 de enero de 1946 en Panguipulli, un pequeño lugar en la región de Valdivia, al sur de Chile central. Mis padres se habían casado cuando eran muy jóvenes —mi padre tenía diecisiete, mi madre catorce años. Mi padre era trabajador del campo, mi madre hija de un administrador de hacienda. No pasó mucho tiempo y mi madre se enamoró de otro hombre. Mi padre la echó de casa. Pero él dijo: “¡Mi hijo se queda conmigo!” Más tarde conoció a otra mujer, mi madrastra. Pero ella apenas se ocupaba de mí. Por eso mi abuela me llevó consigo. Con ella tuve todo lo que necesitaba. Para mí ella fue mi madre. A mi verdadera madre nunca más la volví a ver, aunque vivía cerca. Tenía seis o siete niños con el otro hombre. De niño siempre tuve la esperanza que ella me visitara algún día o que me mandara una carta o una foto; nada, absolutamente nada. Con el tiempo yo no quería verla más —ya no sentía para nada afecto de ella.

Mi abuela, María Valdebenito-Mardones, vivía en Panguipulli, donde yo nací. Originalmente tenía una pequeña frutería. Más tarde ella fue a vivir con su hijo César al fundo maderero de Quechumalal. Allí ella instaló una cocinaría donde daba comida a los trabajadores. Ahí habían muchos trabajadores que vivían solos.

Mi abuela era una mujer extraordinaria —decidida, impulsiva, poseía autoridad— como una mujer de la época antigua. No tenía gran aprendizaje, pero podía leer y escribir. Era relativamente joven aún, a fines de los cuarenta. Ya vía separada de su marido hacía muchos años. Era una mujer con gran contextura física. Tenía cabello negro, ya casi gris. Se veía hermosa. Ella congeniaba con los hombres y los hombres de esta región apartada eran muy bruscos, violentos. Allí vivía mucha gente que estaban prófugos de la policía. Una vez hubo una riña entre los trabajadores que comían en nuestra casa. Mi abuela agarra a uno y le dice con tranquilidad: “esta es mi casa, y quién se sienta a mi mesa, se comporta bien o se va.”

Cuando los hombres estaban comiendo, yo siempre miraba desde la otra habitación contigua por el ojo de la cerradura y escuchaba. A veces se me permitía estar con ellos, en la noche. Todos se sentaban alrededor del fogón, contaban chistes, historias —algunos de ellos habían visto mucho mundo, habían vivido en las grandes ciudades.

Mi padre rara vez me visitaba —pero para mí sus visitas eran muy importantes. Me llevaba en sus brazos, me traía regalos, zapatos, dulces —y yo era muy feliz en esos momentos. Mi abuela un día se peleó con mi padre y al final rompió la relación totalmente con él por su poca preocupación hacia mi. Hasta su muerte ella no le perdonó.

Mi abuela fue siempre muy buena conmigo, me daba todo y permitía todo. A veces, cuando algo no recibía, me tiraba al suelo y gritaba. Una vez estábamos en una tienda en la ciudad y allí habían frascos enormes con caramelos de distintos colores. Desfilé frente a los frascos y decía: “Quiero de estos, de estos, de estos”. Y mi abuela dije: “No, tanto no.” Y yo, chillando, me tiré al suelo y grité. Y mi abuela dijo: “Bueno, ya, si tendrás de todos.”

alcalá



Al borde de la civilización

La casa en la que vivíamos era muy sencilla. Era completamente de madera y había sido construida por mi tío César. La gente recogía vigas y tablas de los restos de los muchos aserraderos, la región vivía principalmente de la manufactura de la madera. Nuestra casa era de dos habitaciones grandes, el comedor y la sala de dormir, la cocina se encontraba afuera de la casa en una pequeña construcción.

Tapices no teníamos. De las paredes colgaban viejos sacos de cemento, pegado con harina, hecho con agua caliente, para evitar el paso del viento. No había lavadero, ni tampoco agua potable. El agua la traíamos del arroyo. Yo me lavaba en una fuente de porcelana. Las toallas habían sido hecha por mi abuela de viejos sacos de harina. Y el agua sucia la tirábamos al patio. La letrina se encontraba afuera, una casita sobre un hoyo de dos metros de profundidad —nosotros mirábamos por las rendijas cuando los mayores iban a la letrina por hacer sus necesidades.

No había corriente eléctrica. Por las noches nos iluminábamos con velas o lámparas de petróleo o carburo, por todas partes había hollín. Como calefacción teníamos el fogón, más tarde una estufa de hierro. En general, nuestra casa era pobre, pero me gustaba. Mi abuela la mantenía siempre muy ordenada.

Teníamos también gatos, un perro y un pequeño establo con gallinas y con un cerdo. En esos tiempos víveres preparados casi no existían, la gente los hacía casi todo ellos mismos, también la mantequilla, el queso, el pan.

Vivíamos al borde de la civilización. La mayoría de las casas de Quechumalal se encontraban distribuidas distante una de otra, también la nuestra. Además había una calle principal con un par de negocios, una escuela, un retén de carabineros, el pequeño puerto a orillas del lago Panguipulli —este es un lago muy grande, muy lindo, hay algunas canciones sobre él. Quechumalal o Panguipulli son nombres indígenas. En Chile existe hoy una importante población indígena todavía —alrededor de 10 por ciento. Muchos blancos tienen indios entre sus antepasados, también mi familia.

Una vez al mes mi abuela viajaba en el barco a la ciudad más cercana para hacer las compras. Si me llevaba consigo, era como una fiesta para mí, viajar sobre el lago, llegar a la pequeña ciudad, comprar cosas, chocolate, mirarlo todo, regresar de nuevo en el barco —yo deseaba en todo caso comprar un barco cuando fuera mayor.

En nuestra región hay muchos volcanes. Una vez un volcán entro en erupción y llovió ceniza y pequeñas piedras, durante varios días. Todo estaba blanco, los montes, los campos, como si hubiese nevado. Y estaba oscuro todo el tiempo. La gente tenía miedo. No se pudo salir de la casa durante varios días. Era difícil conseguir agua limpia, muchos animales perecieron. Tardó semanas en desaparecer la ceniza.

Suerte, decepciones, juegos

Los días festivos, incluido Navidad, fueron para mi en general una decepción. Mi abuela era muy pobre. En Chile Santa Claus, el “viejo pascuero”, viene muy tarde en la Nochebuena. En el primer día de fiesta se encuentran los regalos abajo del árbol navideños. Después de la Misa del Gallo, naturalmente no podía dormir, me quedaba alerta por si sentía al viejo pascuero traerme algo. Casi siempre sólo traía un regalo muy pequeño. A veces pensé que Santa Claus ni existía. No siempre teníamos un árbol navideño. El día de Navidad había una ceremonia para los niños de las familias pobres en la iglesia —chocolate, caramelos, galletas— en este día éramos todos muy católicos.

En nuestro lugar había un hombre que cada año tenía un árbol navideño especialmente lindo. Nosotros, los niños, corríamos cada día allí y mirábamos por las ventanas. Del árbol colgaban muchos dulces, nueces, frutas, manzanas, cerezas —para Navidad es verano en Chile. Esperábamos que viniese el 6 de enero, hasta esta fecha se conserva el árbol de Navidad en Chile. En ese día el hombre nos regalaba a los niños todas las cosas de su árbol. Quizás a él le habría pasado lo mismo que a nosotros cuando él fue niño.

Casi todos mis juguetes me los construí yo mismo, con mis propias manos. Algunos niños tenían camiones estupendos de hojalata. Yo también quería uno, pero costaban demasiado. Tuve que construirme uno yo mismo, de madera. Este tenía todo lo que le corres-

pondía a un camión. Yo lo pinté de colores, hacía ruido, yo estaba muy orgulloso de él.

Mi primer trompo me lo regaló un niño mayor que yo. Más tarde aprendí cómo hacer los trompos de madera por mí mismo, aunque era muy difícil. O había que robar uno. Nosotros, los pequeños, siempre estábamos observando quién olvidaba su trompo y arrancábamos con él. Igualmente esperábamos atentos que cayera un volantín de alguien. Eramos pequeños bandidos. El día 18 de septiembre, nuestro día nacional, todo el mundo eleva volantines* y tienen lugar verdaderas competencias. Nosotros observábamos y esperábamos.

En Chile también habían ruedas de hula-hula, incluso en nuestro remoto lugar. Durante una temporada fueron increíblemente populares. Y cuando los niños en la ciudad compraban coca-cola, les regalaban yoyos —propaganda norteamericana. A mí me gustaba mucho la coca-cola.

Todo el día estábamos afuera, en el campo, en el bosque, recogíamos frutillas, nueces, fruta silvestre. Muchas veces bajábamos al lago a pescar, a bañarnos, íbamos desnudos —eso nos gustaba especialmente—. O jugábamos a los bandidos, nos lanzábamos piedras, luchábamos en broma.

En el pueblo jugábamos también con los animales, a veces con mucha brutalidad. Una vez tiramos un gato al agua encerrado en una caja de cartón. Pero se dice que los gatos tienen siete vidas. Lo rescatamos del agua y lo tiramos al fuego. Pero se saltó de allá. Nos dió miedo y arrancamos. Entonces le tiramos piedras hasta que murió. En el fondo esto era criminal, pero para nosotros era verdaderamente un juego, una especie de entretenimiento cruel.

Yo tenía siete u ochos años cuando fui seducido por una chica mayor, una prima mía. Se llamaba Isabel. Tenía unos quince años. ¿De verdad que yo no sabía entonces de cosas así? Absolutamente

* Tipo de cometa usado en Chile.

nada. Sin embargo ella, a su edad, sabía naturalmente bastante. Yo estaba en cama con fiebre, estaba solo en casa. Ella vino a visitarme trayéndome fruta. Después de un tiempo dijo: “Me acostaré al lado tuyo”. Yo contesté: “No sé, si tú quieres”. Y ella se desvistió y se acostó a mi lado. Ella dijo “Mira, trata de hacer esto”. Qué sabía yo de esas cosas —yo miré e hice lo que me demostraba—. Yo estaba excitado, aparte de esto no sentí nada más.

alcalá